

la sangrienta toma de Jaén, la ganó por asalto, y lleno de furor, pasó á cuchillo hombres y mujeres, profanó las iglesias, la incendió, y no la dejó sin haber desmantelado muros y torreones. Cuarenta años después, enemistadas dos de sus más nobles familias, vió regadas de nuevo sus calles con la sangre y por la mano de sus propios hijos. Levantáronse los Traperas contra los Arandas, y no cesaron ya de perseguirlos de muerte hasta que los hubieron obligado á dejar sus palacios y buscar un asilo en Bedmar, Jimena y Jódar. Airados los Arandas, se armaron, salieron á las orillas del Guadalquivir y retaron á sus contrarios desde los molinos inmediatos al puente viejo, á corta distancia de la villa. Pero no hallaron allí sino su sepulcro; acudieron al reto los Traperas, y los acuchillaron casi á todos, obligaron al condestable de Castilla á que trasladara á Alcalá la Real á los pocos que sobrevivieron; y ufanos con su decisiva victoria, y no contentos con haberse engrandecido sobre la ruina de toda una familia, aspiraron á concentrar en sus manos el gobierno de Úbeda, que habría podido á poco ser no sólo su feudataria, sino también su esclava. Á no mover á los Traperas tan excesiva ambición, habrían tal vez acabado allí las desventuras de la villa; pero esta ambición produjo aún luchas mas funestas. Levantóse contra ella Diego Hernández de Molina, y armado él y cuanta gente pudo, combatióla en las mismas calles de Úbeda, donde no tardaron en resonar con vivos alaridos de guerra los agudos ayes de los heridos y los débiles suspiros de los moribundos. Los Traperas eran bravos y sostenían con valor sus desmedidas pretensiones; pero tuvieron que rendir las armas ante el Adelantado de Andalucía, que apenas tuvo noticia de tan triste acontecimiento, entró en la villa con sus tropas, deshizo el tumulto é impuso pena de muerte á los hidalgos que se atreviesen á reunirse en número de cuatro. No cedieron con todo sino por el momento tan rebeldes caballeros; deseosos de burlar orden tan severa, fundaron una cofradía y volvieron á juntarse con este pretexto en la iglesia de San Pablo. Poderosos, favorecidos

por la fortuna y llenos de osadía, no creían que pudiese haber un obstáculo capaz de detener sus pasos, y estaban dispuestos á intentarlo y emprenderlo todo; mas no pudieron resistir por fin á la energía del Adelantado, que deseando acabar con tan sangrientas discordias, los sorprendió en su primera junta, levantó un cadalso para el más osado, abolió el apellido de Traperas y lo hizo trocar por el de Alcázar, repuso á los Arandas, y dejó en paz la villa, ya fatigada y consumida por el fuego de tan estériles y encarnizadas guerras civiles.

Tardó Úbeda en reparar tan grandes quebrantos; pero encerraba en sí muchos elementos de vida. Contaba con una población numerosa, con una agricultura adelantada, con una industria naciente, con crecido número de capitales, con la importancia que le dieron ya desde siglos anteriores su situación y su campiña regada por el Guadalquivir y cubierta en gran parte por la sombra de frondosos olivares; fué poco á poco restableciéndose, y ya restablecida no sólo conservó su antiguo esplendor, sino que también marchó de progreso en progreso hasta merecer el título de ciudad en los últimos tiempos del rey Enrique IV, que la dió en acotamiento á la infanta D.<sup>a</sup> Isabel, á la misma que años después fué á llamar con su cetro á las puertas de Granada.

Contaba entonces Úbeda con algunos templos y palacios, pero no había aún llegado la época de su mayor riqueza monumental, la época en que un solo linaje había de enriquecerla con sus más grandiosos é imponentes edificios. Debió esperar que luciera sobre España la diadema del imperio de occidente para ver levantarse en el corto espacio de treinta años una iglesia como la del Salvador, un convento como el de las Cadenas, un hospital como el de Santiago. Fué á la sazón el movimiento arquitectónico que experimentó tan grande como el movimiento mismo de su comercio, fuente para ella de vida y de animación aun en nuestros tiempos, en que vemos despoblada, silenciosa y todos los días más decadente la vecina ciudad de Baeza.

Úbeda había sido la eterna rival de esa ciudad, y casi llegó entonces á vencerla tanto en riqueza como en magnificencia. ¿Llegó, empero, ni ha llegado nunca á tener para el anticuario ni para el artista el interés que presenta aquella ciudad, impregnada toda de la Edad media? Baeza conserva todavía aspecto feudal; en Úbeda se ve ya la ciudad burguesa donde los antes aislados y silenciosos palacios de la aristocracia viven entre el bullicio del tráfico y la industria. Baeza, triste, grave y profundamente religiosa, parece vivir aún en lo pasado; Úbeda, animada, inquieta y no tan identificada con sus antiguas creencias, vive sólo en lo presente mirando con indiferencia sus propias ruinas. Baeza tiene á cada paso una piedra en que está grabado un rasgo de su historia, y conserva al parecer hasta con amor sus más viejos monumentos; Úbeda los tiene escasos, poco característicos, y algunos entregados al rigor de su destino.

En estos escasos y mutilados monumentos, sin embargo, se respira el aire de lo pasado; en ciertos días, en horas determinadas brotan aún de ellos raudales de poesía. Cuando en una noche serena alumbran los rayos de la luna esos antiguos torreones levantados por los héroes de San Fernando, y dejan envueltos en la sombra los muros que los unen; si está por acaso algo exaltada la fantasía del que los contempla en medio del silencio de la ciudad que duerme tranquila, se cree distinguir aún en lo alto del adarve al centinela que, armado de punta en blanco, estuvo en otro tiempo acechando la llanura y mirando con inquieto afán si allá al pié de las lomas ó á la orilla del río descubría entre los fuegos del campamento enemigo movimientos que pudiesen hacer presagiar los hechos de armas que se preparaban para el nacer del alba. Movidó por esta ilusión, no es tampoco difícil que el espectador vuelva atrás los ojos y crea sentir á lo lejos rumor de pasos y hasta columbrar en la oscuridad la figura de un árabe descansando sobre su lanza, como quien aguarda con tedio que nazca el sol para remover con la

planta de su caballo el polvo del combate ó alancear á su enemigo en la muralla. Enardeciéndose por grados su imaginación, llegará á oír quizás en uno y otro campo la señal de alarma; y al paso que verá entre las almenas de las torres agitarse á cada momento más y más sombras y centellear acá y acullá lucentes armaduras, sentirá avanzar á su espalda confuso tropel de infieles armados de alfanjes y de escalas, y tras estos soldados de á pié, numerosos escuadrones cuyas armas apenas cabrá distinguir, á pesar de la luz que los ilumina, medio ocultas como están por sus blancos albornoces y la espesa polvareda que levantan sus corceles. La lucha está ya empezada: gime el aire al paso de las flechas; feroces gritos de guerra suben hasta el cielo; y no parece sino que se está viendo la ciudad despertando de su sueño, como dicen que se levantarán los muertos de su sepulcro, cuando la trompeta de cobre de los siete ángeles suene entre la estrepitosa caída de los astros y el choque de los mundos. Brilla en las calles el resplandor de cien hachas, corre el pueblo en tumulto á la muralla, y suenan ya hierro contra hierro y acero contra acero. Corre la sangre á lo largo de los torreones y devora el foso cadáveres, como devorará el abismo de la eternidad esa tierra que sentimos temblar ahora al formidable estruendo de la pelea. No se oyen ya como antes vivos alaridos de guerra; pero la lucha es más que nunca sangrienta. Cada soldado es una fiera: no siente en su corazón sino los latidos de la cólera y la venganza, y abrasado de sed por el calor de la batalla, no bebería, si pudiese, sino sangre humana en el cráneo de sus enemigos. Ve abierta á sus piés la fosa, y blande aún con furor la espada, hiere, mata; cae traspasado de una lanzada sobre el desfigurado cuerpo del que murió á sus manos, y revuelve todavía el brazo, y ni aun al espirar se acuerda de dirigir al cielo sino miradas de venganza. Pero ¿á qué tan penosos recuerdos? ¿no tienen acaso otros esos viejos torreones que tan melancólicamente ilumina el bello astro de la noche? Están medio desmoronados por los hombres, ennegrecidos por

los siglos; se levantan llenos de arrogancia y de soberbia y parecen decir á la ciudad en s6n de amarga queja: «he aqu4 como recompensas á tus antiguos defensores: fuimos los gigantes que llevamos en hombros á los h6roes de tu gloria; fuimos las rocas en que se estrellaron las olas de tus enemigos; fuimos el escudo en que se mellaron las armas dirigidas contra tu seno, y miras con indiferencia que las aguas socaven nuestras plantas, el tiempo hunda nuestra cabeza y el hierro de tus hijos abra en nuestros cuerpos heridas que no han de cicatrizar ya las generaciones venideras. Estaba prendido en nosotros el manto de tu gloria, y lo has desgarrado; 6ramos tus verdaderos h6roes, y nos has sacrificado: ¡desaparezca con nosotros el recuerdo de tus mejores d4as! ¡sep6ltese bajo nuestras ruinas tu pasado! ¡no quede en ti sino ese presente miserable que no deja ni puede dejar vestigios de su existencia! Nos levantaron caballeros cuyos nombres guarda la historia en p6ginas de oro, y los escudos que en nosotros pusieron est6n casi borrados: ¿eran acaso infames 6 traidores sus dueños para que consientas en que el tiempo, ese verdugo de los monumentos, borre con mano imp4a sus blasones? Resp6tanos 6 derr4banos: bajo nuestros escombros van á quedar sumergidos los veinte siglos de tu historia.»

Para esos antiguos monumentos militares, como para los hombres que los hicieron y los respetaron, no hay otra gloria que la de las armas; sus acusaciones contra el esp4ritu de los tiempos son injustas. Esa gloria que no puede brotar sino de los campos de batallas, es ya poco apetecible á los ojos de los pueblos.

Úbeda, sin embargo, ha hecho desaparecer sus muros como otras ciudades andaluzas. Ha pasado con indiferencia sobre ellos y ha ido á sentar m6s all4 del foso sus casas y sus monumentos; pero no sin dejar en pi6 restos grandiosos que permiten apreciar todav4a el conjunto de esa fortificaci6n labrada á costa de tantos y tan bravos caballeros. En la Cava, en la plaza de Toledo, entre el Salvador y la Colegiata, entre los paredones de

calles tristes y solitarias presenta a6n torres, ya enteras, ya medio derru4das, sobre que tal vez se cierna con majestad el 6guila altanera; en una estrecha cuesta llamada del Rosal ostenta una de sus antiguas puertas 6rabes, por cuyos arcos ultra-semicirculares, medio envueltos en la oscuridad, se llega a6n á esperar en un momento de ilusi6n que asome alguna mora recatada, cubierta de pi6s á cabeza por su blanco alquicel de lino, 6 alg6n soldado del Profeta armado de todas armas, revestido de su kab4 y montado en su corcel de guerra. No, no lo ha destruido a6n todo: en medio de su indiferentismo por lo pasado, parece haber sentido cierto respeto para esos torreones y esa puerta cuyas piedras son las 6nicas que recuerdan una dominaci6n de cinco siglos. Ni aquellos pueden servirle ya de defensa, ni esta es ya m6s que una puerta sin objeto, y con todo se estremecer4 quiz4, si oyese resonar el pico y el azad6n bajo las b6vedas de argamasa que los cubren 6 al pi6 de los arcos que la protegen y la adornan.

Y no son s6lo monumentos militares los que conserva Úbeda: su San Nicol4s, su San Pablo, su Colegiata son templos g6ticos que si no reflejan ya el gusto de los artistas de San Fernando, guardan impresas las huellas del 6ltimo tercio de la Edad media. Las tres naves en que est6 dividido el interior de San Nicol4s llevan sobre haces de columnas b6vedas todas ojivales, y respiran en todas partes sencillez y gallard4a. No presentan a6n ninguna curva exagerada, ni esa inoportuna aglomeraci6n de adornos que señalan los primeros pasos de la decadencia de un estilo; afectan en sus arcos m6s bien gravedad que ligereza, y revelan no el atrevido genio art4stico de los siglos XIV y XV, pero s4 la mano y el coraz6n de un arquitecto cristiano. Tienen ya invadidas sus capillas por fr4os altares modernos, y falseado su estilo en el interior por una p6gina del renacimiento, y en el exterior por una fachada corint4a á cuyo pi6 se alza una torre tan simple como severa; pero a6n as4 tiene este templo inter4s para el artista, que ve en 6l un viejo libro g6tico con encuader-

nación moderna, un álbum de la Edad media en cuyas hojas recamadas de ojivas ha escrito la restauración sus frívolos conceptos.

No es menos digna de atención San Pablo. Descúbrese us



ÚBEDA.—IGLESIA DE SAN PABLO

fachada gótica en el fondo de una plaza espaciosa, cuyos viejos caserones descansan en los informes pilares de antiguos soporales; y apenas se pone el pié en la plaza, cuando se van los ojos á sus ojivas concéntricas, apoyadas en hacecillos de columnas, entre las cuales asoman figuras de ángeles y ramos cubiertos de follaje. Ábrese en medio de las ojivas una puerta constituida por dos arcos trilobados y dividida en dos partes por un pilar ricamente esculpido en que campea bajo un dosel sencillo la imagen de San Pablo; está en el dintel María sostenida y adorada por los serafines y coronada por el Padre Eterno; y es aún grande el misticismo del conjunto. No es tampoco homogénea esta fachada: artistas posteriores al que la levantó de sus cimientos labraron un antepecho calado, en medio del cual hay

un escudo y una cruz enormes; y á su izquierda hubo quien construyó más tarde un cuerpo cuajado de molduras platerescas y corrido de una pobre galería, cuyas formas extrañas y mal determinadas ya le dan el aspecto de un altar, ya el de un sepulcro; pero no falsean tanto su efecto las incoherencias de estilo, como la confusa y revuelta mezcla de formas que se observa en el interior de la iglesia, verdadero caos arquitectónico donde no hay estilo ni curvas dominantes. Distínguense aún ciertos trazos góticos, sobre todo en las capillas del Alba y la Encarnación, enriquecidas con curiosas leyendas (1); pero ahogados en medio de otros de carácter vago é indefinible, y bastardeados, al parecer, por manos inexpertas, se pierden cuando no se escapan á los ojos del observador, y no determinan siquiera el estilo del lugar en que los vemos. Para apreciar San Pablo, es preciso fijarse sólo en su exterior, analizar la fachada ya descrita, examinar otra lateral hoy tapiada, donde sobre un cuerpo saliente descansan toscas ojivas concéntricas, corridas unas de anchas hojas, otras de testas de capricho, otras de esos clavos tan comunes en todas las portadas bizantinas. Figura en el cuerpo saliente una serie de arcos tribolados, sostenidos por columnitas; corre debajo de estas una repisa; debajo de la repisa otra serie de arcos de segmento; y tiene toda la portada

(1) En dos arcos de la capilla del Alba se lee: « Esta capilla mandó fazer el venerable Francisco de Vago, beneficiado de esta iglesia, criado y camarero que fué del ilustrísimo y mui magnífico señor Alonso X Suarez, de Fuente el Sauce, obispo de Jaen: acabóse en el anno de m. d. x x x. vi. » Encima de los arcos hay dos medallones con los bustos en relieve de la justicia y de la caridad; y sobre estos bustos se lee: « virtus justitiæ-virtus caritatis. » Encima de los medallones se lee á la izquierda: « unus Deus, una fides, unum baptisma: pater et filius et spiritus sanctus: » y á la derecha: « hi tres, unus solus Deus est qui vivit et regnat in secula seculorum. » Debajo de los mismos medallones se lee á la izquierda: « pues el tiempo y la ventura — biben con el mudamiento: y á la derecha: quien bebe menos contento — . . . . . cura. » En el remate de la capilla debajo de la cruz se lee: « Domine miserere nostri. » Hay cuatro santos sobre cuatro pedestales, y en estos se lee: « San Ambrosio: San Agustinus: San Gregorius: San Hieronimus. » En un sepulcro interior que hay en la capilla se lee por fin: « aqui está el camarero Francisco de Vago. » — En la capilla de la Encarnación no hay más que una pequeña leyenda grabada circularmente en torno de una clave de la bóveda; y de ella sólo pudimos leer: « esta capilla mandó fazer Rui Perez. . . . . »

aire tan severo y formas tan robustas, que hace retroceder la imaginación no ya al último siglo de la Edad media, sino al siglo mismo de San Fernando, á esa época en que el arte romano-bizantino tenía aún bastante fuerza para incrustarse en los muros de los nuevos monumentos ojivales. ¿Habrá sido esta puerta la principal del templo? Debió ser cuando menos la primera: entre ella y la que es hoy principal hay siglos de distancia.

No es aún San Pablo el monumento de más amputaciones é ingertos; en la Colegiata apenas cabe dar paso sin que se descubra un nuevo estilo y se vea impreso el sello de otro siglo. La fachada es greco-romana y tras ella se descubren ya las ojivas de un claustro gótico, claustro tan irregular y mutilado, que no ofrece casi motivo alguno de goce ni para el alma, ni para los sentidos. Al poner el pié en el templo, ni se acierta á comprender el número de naves que lo componen: ya parece dividido en cuatro, ya en cinco, y no hay dos que guarden siquiera esa armonía que sabe hacer brotar el arte aun de lo más heterogéneo, aun de las formas más híbridas y complejas. Los arcos son ojivales desde la entrada al crucero; pero del crucero al ábside son casi todos plenas cimbras. Preséntase la curva gótica casi en todos sus estados: ora grave y sencilla como después de las cruzadas, ora arrogante y gallarda como cuando se sentó vencedora sobre las ruinas del arte bizantino, ora esbelta y delicada como en el último tercio de su vida, en que, segura de su triunfo, se afeminó y engalanó trocando sus adornos varoniles por los pueriles atavíos con que bajó al sepulcro. De las bóvedas que cubren las naves unas son de cañón seguido y otras por arista; de los pilares que sostienen las ojivas están unos desnudos, otros cubiertos de haces de columnas. Adornan el templo algunas capillas; pero apenas hay dos que revelen una misma mano, ni un mismo siglo. En el crucero á la derecha se ve una en ojiva que recuerda los buenos tiempos del goticismo: ancha y degradada su elegante curva, corrida de mil follajes y molduras, embellecida en sus lados por las imágenes de San

Pedro y de San Pablo, realizada en su vértice por la figura de una Virgen que cobija un rico doselete, puesta al fin entre dos agujas de crestería, permite aún descubrir el gusto de la época en que, reina de todas las artes la arquitectura, llamaba á sí no sólo la cantería, sino también la estatuaria á que templaran la frialdad de sus muros, sus arcos y sus pilares. Pero no ostentan ya de mucho tanta hermosura ni tanta pureza de estilo las demás capillas góticas, abiertas á lo largo de las naves y en uno de los testeros: sus columnas, algunas espirales, sus arcos de curva caprichosa, el aislamiento de las figuras que las embellecen, la mala distribución de sus adornos, todo va señalando en ellas los pasos que da insensiblemente hacia su ruina un arte ya decrepito y herido de muerte. Nada, nada hay homogéneo en esta Colegiata: de los objetos dedicados al culto quizá no hay uno que sea gótico, y casi todos son fríos, malos, artísticamente considerados. Desde los altares hasta el tabernáculo, desde la triste lámpara que arroja su débil luz sobre el fondo de la más oscura capilla hasta la araña que alumbra el santuario, todo está falto de armonía y de relación con el conjunto. ¿Quién podrá ver sin dolor tan absurda amalgama de formas? Si por un momento pudiesen levantarse de sus sepulcros los que construyeron las catedrales bizantinas, caerían de nuevo en sus tumbas al ver profanación tan sacrílega é impía. Hasta la distribución de las partes del templo está falseada en esa Colegiata; y es sabido que esta distribución era simbólica é inalterable en los primeros siglos de la Iglesia.

La Colegiata debió ser indudablemente uno de los primeros monumentos de Úbeda: fué instituída por Pascual, obispo de Jaén, en 1250; y es probable que ya antes de la institución existiese el templo. Las demás fábricas que hay en la ciudad son todas modernas, y apenas ofrecen más interés que el que le comunicó el nombre de sus fundadores. El hospital de Santiago, situado al occidente junto á la puerta de Baeza, es un edificio sólido, vasto, majestuoso; pero falto de gusto y de